

CHILOE: SIGLOS XVII Y XVIII

Viajes Exploratorios o de Reconocimiento

Por

Eduarço TAMPE Maldonado S. J.
Capellán, Armada de Chile



NUESTROS conquistadores, al mismo tiempo que ocupaban las islas, se preocuparon que tanto los naturales como los nuevos colonos tuvieran asistencia y ayuda religiosa. De ahí que los misioneros arribaran a esas lejanas regiones con las primeras Ordenes religiosas, siendo éstos los padres mercedarios —en la expedición de Ruiz de Gamboa de 1567— para que hicieran el servicio de capellán, y para enseñar a los aborígenes los fundamentos de la doctrina cristiana. Se pensaba también que su presencia podría suavizar en parte el carácter altanero de los conquistadores que con dolor se hacía más notable en Chiloé, frente al modo de ser dócil y humilde de los indígenas.

Casi en la última década del siglo XVI, la Iglesia se hace presente con la llegada de los padres franciscanos. Estos sacerdotes que constituyen la avanzada de la

Iglesia, formaron feligresías en Calbuco y Carelmapu. El 1º de noviembre de 1595, en viaje de misión llegó por primera vez hasta la villa de Castro el padre Luis de Valdivia, sacerdote de la Compañía de Jesús; encontró en la capital de la isla una iglesia parroquial, un convento mercedario con dos sacerdotes; todo esto como parte de un incipiente pueblo constituido sólo por doce casas, todas de paja.

Un acontecimiento imprevisto, acaecido en el mes de abril de 1600, cambió la pasividad o desinterés mostrado por los habitantes que habían quedado esos primeros años en la villa de Castro. En efecto, la nave "La Fidelidad" del pirata Simón de Cordes, comandada por Antonio Antony, más conocido por Antonio el Negro, atacó al pequeño poblado dando muerte a los hombres que encontraba a su paso, raptando a las mujeres y robando los escasos bienes que poseían los vecinos.

Un pequeño grupo de valientes opuso resistencia hasta que llegaron auxilios

desde "San Mateo de Osorno". Este "accidente" sería el impulso necesario para que el pueblo de Castro comenzara entonces a revivir, y sus nuevos pobladores reedificaron lo destruido por los corsarios.

Poco tiempo después, en 1608, pisaron esas tierras los padres de la Compañía de Jesús, iniciando propiamente la labor misionera. Para sus actividades tomaron como sede central la ciudad de Castro, toda vez que éste era el punto más adecuado para su plan de trabajo.

Desde Penco llegaron aquellos abnegados sacerdotes, encontrando allí un pequeño grupo de cincuenta vecinos, además de dos sacerdotes mercedarios, primeros apóstoles en aquellas ignotas regiones. Los sacerdotes jesuitas fueron los PP. Melchor Venegas y Juan Bautista Ferrufino, quienes permanecieron durante seis meses en el archipiélago.

Desempeñaba el cargo de Gobernador de Chiloé don Tomás de Olavarría, quien gentilmente ofreció a los padres la mejor casa del pequeño poblado; ésta más tarde tomaría el rango de colegio.

Los padres de la orden de Ignacio de Loyola —según sus propias crónicas— fueron desde un principio bastante activos y diligentes: se dedicaron a evangelizar no sólo a los indios, sino también a los españoles; extendieron su acción a las numerosas islas del extenso conjunto, y, en 1611, cuando regresó el padre Venegas con otro misionero, el padre Mateo Esteban, continuaron su trabajo apostólico tanto en Chiloé como más al sur, hasta el archipiélago de los Chonos.

La labor de estos padres misioneros fue extraordinaria: levantaron casas residenciales en Castro, Quinchao, Chonchi, Cailín; alcanzaron hasta las islas Guaitecas, Guafo y Guayaneco. Su trato con los indios chonos les permitió descubrir que su lenguaje era diferente al araucano que hablaban otros aborígenes de Chiloé.

En su ansia por adoctrinar y llevar el cristianismo, los misioneros no descansaban ni un solo momento. La evangelización de los indios chonos nos la pintan con muchos detalles los historiadores PP. Olivares y Enrich: "La misión más trabajosa que aquí tienen los padres es la de los Chonos, gente más apartada del comercio de los españoles, más cercana al Estrecho e inculta de cuantas hay en

estas partes. . . A estas gentes bárbaras han entrado estos años los nuestros varias veces, apartándose de la ciudad de Castro más de treinta leguas hacia el Estrecho de Magallanes. Para facilitar el camino y obviar el riesgo de las travesías de mar, pasan un pedazo de cordillera de más de catorce leguas en que padecer con excesivos fríos por estar muy llena de nieve y haber de hacer necesariamente su camino a pie. Después de la cordillera entran en un golfo de diez leguas, muy peligroso, luego en ensenadas de islas muy remotas, donde hallan el tesoro de las margaritas preciosas, que son las almas que Cristo vino a buscar" (1).

Años después fue enviado a la ciudad de Castro un padre que con un celo infatigable recorriera la vasta zona austral, dejando en todas partes una huella muy profunda de su actividad apostólica: es el padre Miguel Mascardi S.J. Este sacerdote fue el primer rector del colegio que en Castro fundaran los jesuitas. Gran misionero, recorrió las Guaitecas, los Chonos y alcanzó hasta la Patagonia, donde entregó el evangelio a los indios "poyas". Con el permiso de sus superiores se internó por el estuario de Reloncaví y cruzó el macizo cordillerano por el paso de los Vuriloches, logrando tras muchos sacrificios, establecerse junto a la orilla del lago Nahuelhuapi, todo esto al finalizar el año 1670.

Desde el otro lado de la cordillera de los Andes, el padre Mascardi se lanzó en cuatro gigantescos viajes misionales a la región patagónica argentina. Ningún impedimento fue capaz de desanimarlo: atravesando los ríos y orillando las faldas cordilleranas, pisó las costas del Atlántico. Llevado por su celo apostólico se internó, haciendo caso omiso a las advertencias, en una tribu de salvajes, donde murió martirizado el día 14 de noviembre de 1673, legando a los misioneros un enorme campo de acción, regado con su propia sangre. Mascardi muere sin haber realizado su quimera. . . sin haber terminado su búsqueda. Es el mártir de la "ciudad encantada. . .".

(1) Ovalle S.J., Alonso de: "Histórica Relación del Reino de Chile". Tomo II, pág. 308. Enrich S.J., Francisco: "Historia de la Compañía de Jesús en Chile". Tomo I, pág. 405.

Los sucesores del padre Mascardi no tuvieron mejor suerte que él, y también recibieron la gloria del martirio. En efecto, al finalizar el año 1707 el padre Felipe van den Maeren (el "Padre Lagunas", como lo conocían los nativos) siendo huésped del cacique Tedihuén, fue obsequiado con un brebaje mortífero que tenía el aspecto de chicha. Para suceder al religioso holandés llega el padre Guillermo con el cargo de superior de la casa o residencia. Este discípulo de San Ignacio es un estudioso de la flora y fauna regionales; le interesa conocer los rudimentos de la agricultura y ganadería para enseñársela a los naturales. Para ellos adquiere algunas vacas provenientes de la pampa, explicándoles en el terreno mismo, los rudimentos elementales y que hoy nos parecen inverosímiles.

Como sus antecesores, Guillermo tiene pasión exploradora. Para mantener un contacto permanente con la residencia de Castro se esfuerza por encontrar la ruta más corta entre Nahuelhuapi y Castro. Informado de que los "vuriloches" (gente detrás de la montaña) conocen un paso secreto por la falda oriental del cerro Tronador, sale en su búsqueda creyendo que así se servirán mejor los intereses de la labor misionera. Lamentablemente, el misionero ignora que los nativos eran desafectos a que los extranjeros conocieran los pasos secretos cordilleranos; tan pronto como conocen los propósitos del padre, planean su asesinato. Y así como muy pocos años sucediese con el padre Lagunas, ahora en 1817 se repite la tragedia: mientras visita la tribu del cacique Manquinui, le ofrecen para beber una poción semejante a la chicha, la que contenía un brebaje venenoso. La muerte no demora en llegar, pagando entonces tributo al descubrimiento por los hombres blancos del renombrado "Paso de los Vuriloches".

En busca de la ciudad perdida

La posible existencia de la "Ciudad de los Césares" fue una creencia muy generalizada en esos años. Incluso se la imaginaban ubicada en las inmediaciones de un lago situado en la falda oriental de la cordillera de los Andes, es decir, en plena Patagonia. También se daba como un hecho, que aquella ciudad se habría

fundado con los naufragos salvados de la expedición de Alonso de Camargo (1540) y los sobrevivientes de las ciudades de Sarmiento de Gamboa (*Nombres de Jesús y Rey don Felipe*).

Llegó un momento en que la fantasía por encontrar la ciudad, obligó a las autoridades a tomar cartas en el asunto. Y como acontece en esas circunstancias, no faltaron los más audaces que organizaron expediciones para dar con la ciudad encantada.

Tiene la prioridad en estos viajes don Juan García Tao, piloto que zarpó desde Castro con tres dalcas o piraguas, el día 6 de octubre de 1620. Su viaje por los canales de más al sur alcanzó hasta el istmo de Ofqui, o sea, hasta el paralelo 46 de latitud sur.

García Tao regresó al norte con la firme convicción de la existencia de la "Ciudad de los Césares", creyendo que no alcanzó hasta ella, sólo por la falta de víveres y elementos.

Al viaje del piloto don Juan García sigue el de los padres jesuitas José García y Juan Vicuña a la región del río Bupatalena en el año 1762. Según el eximio hidrógrafo don José de Moraleda, los citados padres efectuaron la primera expedición al citado río.

El mismo padre José García S. J. realizó un largo viaje de reconocimiento al archipiélago de los Chonos y costas occidentales de la Patagonia en el verano de los años 1766-67. El resultado de aquel viaje fue bastante positivo, por cuanto era la primera vez que se tenían antecedentes sobre aquellas extensas regiones desconocidas.

La expedición zarpó desde la isla Cailín, donde años antes los jesuitas habían levantado una pequeña residencia o misión.

Aprovechando la época más propicia, es decir, la primavera y verano, la expedición, compuesta por cuarenta personas distribuidas en cinco piraguas — "Nuestra Señora del Carmen", "San Miguel", "San Juan", "Nuestra Señora de los Desamparados" y "San José" — zarpó desde Cailín el 23 de octubre de 1766. En pocos días pasaron por la caleta de Guambilin, cruzaron el golfo de Guafu para llegar a las islas Guaitecas, no sin experimentar las primeras contrariedades.

Durante el mes de noviembre continuaron su viaje por el laberinto de islas que forman el archipiélago de los Chonos; el día 10 penetraron en la laguna San Rafael, donde pudieron observar abundantes témpanos desprendidos del ventisquero San Rafael.

Reconocieron el istmo de Ofqui, que el padre García estimó en 18 cuadradas de ancho entre la laguna y el río Lucas; el trabajo es pesado y mucho tiempo se demoran en cruzarlo. "La playa de la laguna, a donde desembarcamos en Ofqui, tendrá de llano seis varas y corre de este a oeste un buen pedazo; lo demás es barranco a pique. Este barranco, en el desembarcadero tendrá unas seis varas de alto; pero después se sigue otro pedazo poco menos que de barranco, de hasta 10 y 12 varas, y a 3 ó 4 varas más arriba está el llanito del alojamiento, llamado Nuestra Señora de Mercedes. Poco después del alojamiento se sigue una ladera bastante pendiente y parada..." (2).

Sólo el 21 de noviembre concluyeron la faena de cruzar a pie el istmo con las piraguas a cuestas. Al fin lograron echar al agua las pequeñas embarcaciones, y al día siguiente, con la corriente del río Lucas entraron al golfo de San Esteban.

Otra vez en el mar se ocuparon de recorrer la costa continental, sus puertos y estuarios. El día 12 de diciembre el padre y su expedición llegaban a Guayaneco, donde encontraron algunos indios. Por los escritos del misionero conocemos algunas costumbres y modos de vida de aquellas gentes: "Los hombres llevaban pintado el rostro, y el plumaje de las alas de un pájaro en la cabeza; el vestido, tanto de los naturales varones y mujeres, se reducía a una sola manta de pellejitos o gato marino. Si se van a mariscar, atan el pelo al cochayuyo para que lo azote el mar; si van a la montaña por leña, lo arrojan de los árboles abajo, persuadidos de que el maleficiado siente en su cuerpo grandes dolores y fatigas..."

El 24 de diciembre el padre decidió regresar al norte y volver a su misión de Cailín. Recorrieron la costa, caletas y esteros que no habían visitado en el viaje de ida. Por el mismo río Lucas volvieron

a Ofqui para cruzarlo ahora en sentido contrario. El día 11 de enero abandonaron la laguna San Rafael; continuaron al norte y después de tocar en algunas caletas, el 30 entraban en la misión de Cailín, la misión más austral levantada por los jesuitas.

Si el padre García y acompañantes no encontraron la "Ciudad de los Césares", por lo menos entregaron un buen aporte a la investigación y a los estudios etnológicos.

Don José de Moraleda y Montero

Siguiendo el orden cronológico del presente estudio, nos corresponde a continuación tratar las expediciones de exploración efectuadas por el alférez de fragata don José de Moraleda y Montero, el cual, en los años 1787 y 1788 realizara sus dos primeros viajes. Posteriormente, en los años 1793 y 1795 el mismo explorador realizó su tercer y cuarto viajes. Ahora bien, en el período transcurrido entre el segundo y tercero de éstos, entra en escena el sacerdote franciscano don Francisco Menéndez, quien, como más adelante veremos, se internó en la región cordillerana en busca de la "Ciudad de los Césares".

El distinguido piloto don José de Moraleda, alférez de fragata de la Real Armada española, "fue un marino de indiscutible mérito, de vastos conocimientos, de rara sagacidad y de una constancia infatigable para los trabajos hidrográficos". Su nombre está ligado a toda la costa occidental de Sudamérica, y especialmente a la de Chiloé, por lo que merece el nombre de padre de su hidrografía.

El virrey del Perú comisionó a Moraleda en 1786 para que explorase el archipiélago de Chiloé. Llegado éste a su destino a principios de 1787, dio comienzo a su cometido. Conforme a las instrucciones, debió levantar el plano de la costa norte de la isla, es decir, desde San Carlos de Ancud hasta Chacao; desde ese punto debería seguir al estero de Castro para continuar y salir posteriormente por la boca del sur y reconocer en su amplitud la costa occidental de la isla grande, regresando después al puerto de salida. En otras palabras, Moraleda debería circunnavegar alrededor de la isla grande de Chiloé. El plan de trabajo antes ex-

(2) García S.J., José: "Diario de un viaje y navegación". Anuario Hidrográfico de la Marina, 1889. Tomo IV.

puesto trataría de cumplirse en varias etapas ya que lo extenso del área a reconocer como la dureza del clima así lo aconsejaban.

En el primer viaje, Moraleda reconoció toda la costa oriental de la isla grande como sus islas más inmediatas, empleando en ello cerca de cuatro meses. Se dedicó al estudio de la hidrografía, además de observar la naturaleza de los campos y las costumbres de sus habitantes.

Dispuesto todo, el día 3 de enero de 1787 la expedición se embarca en el "Socorro", chalupa de 14 varas de eslora y compuesta de 18 remeros. El primer día de navegación hacia el este, los lleva al puerto de San Antonio de Chacao y punta Remolinos, donde ejecutan sus primeras mediciones, sean éstas de profundidad como de intensidad de la corriente, que en aquella área es muy marcada. El domingo 14 de enero están en Linao; en su diario el jefe de la expedición señala que aquel día han concurrido a la capilla del lugar 10 personas "a rezar el rosario a coros, y es, parece, el equivalente a la misa de precepto, que no oyen jamás, a excepción de los tres o cuatro días que les dura la misión circular de los religiosos párrocos en cada año". Prosiguen a Tenaún, donde son atendidos por un misionero franciscano que en esos mismos días visitaba aquel caserío. Se encuentran también con otro fraile que andaba en busca de la "Ciudad de los Césares", y que por ese motivo venía de la región cordillerana.

Al finalizar enero, la expedición ha llegado al puerto de Castro, siendo recibida por las autoridades locales. Se aprovechó la oportunidad para la adquisición de víveres y también para hacer algunas reparaciones a la falúa "Socorro". En febrero visitaron las localidades de Chonchi, Vilopulli, Ichuac, etc., además de los esteros y canales intermedios.

Continuando el plan de trabajo hacia el sur, el domingo 18 de marzo se encuentran en el puerto de Huilad. Ese día concurren a la capilla del lugar donde asisten "como cien personas de ambos sexos que rezan el rosario a coros, un cántico en castellano al Santísimo Sacramento... Padre Nuestro... Credo... a los que asistí con toda la tripulación".

En sus escritos, Moraleda manifiesta su admiración por la fertilidad de la tierra

chilota, incluso afirma que el suelo es capaz de producir lo que se produce en Europa (acaso con ventajas) y en otras partes. Sólo faltan brazos para el cultivo. Y esto lo manifiesta en varias oportunidades, como cuando señala a Tenaún donde la población es "igualmente desierta que las demás" y que "tiene 27 casas, a la rústica unas, chozas otras, y habitada sólo la del religioso misionero". También en Chonchi habla de las casas desiertas vecinas a la iglesia. En Queilen fue recibido por los miembros del Cabildo que lo llevaron a una de las casas desiertas de la villa. Todos estos detalles nos ayudan a captar con mayor exactitud algunos aspectos de esa región.

Moraleda es muy preciso en cuanto a las fechas en que visitaba cada lugar. Así por ejemplo escribe: "Día 1º de abril, domingo de Ramos". Ese mismo día reconoce la isla San Pedro y sus alrededores, es decir, la expedición ha alcanzado el extremo sur de la isla de Chiloé.

Por lo avanzado de la estación y el mal estado de la falúa, Moraleda decide regresar a San Carlos bordeando la costa oriental de la isla grande. Su arribo se efectúa el día 25 de abril de 1787.

El segundo viaje fue de más corta duración ya que no alcanzó a los dos meses. La falúa utilizada esta vez fue la "Real Resguardo".

Se puso en campaña el 20 de febrero de 1788. Estudió con prolijidad desde la boca del río Maullín por el norte hasta la desembocadura del Palena por el sur, comprendiendo de ese modo toda la costa continental que envuelve a Chiloé, tanto por el norte como por el oriente.

En este viaje penetró también al interior de la isla grande. Así, desde el puerto de Chonchi y en expedición a caballo, llegó hasta la laguna de Cucao, también con el objeto de hacer mediciones o cálculos, sean éstos de distancia o bien de profundidad de la laguna.

Nuevamente se hizo a la mar y llegó hasta las islas más alejadas, como son las Chaulinec, Apiao y Alao. En éstas encontró a los indios "guaihuenes" (indios del sur), aunque de estatura muy inferior a los gigantes patagónicos. Después puso rumbo norte y llegó al fuerte de Calburco; ahora acompañado de un "práctico" reconoció las islas Puluqui, Guat, el estero de Huito, Maillén, frente a las cos-

tas de Melipulli, donde hiciera sus mediciones para los planos o futuras cartas. Bordeando la costa continental, la corriente del Desaguadero lo llevó a Carelmapu; en ese lugar solicitó caballos para trasladarse a Maullín, donde también realizara sus mediciones y cálculos. El 15 de abril de 1788 estaba de regreso en San Carlos; se había cumplido el objetivo, esto es, recopilar antecedentes para un posterior mapa que él mismo dibujaría.

Un breve resumen de estos dos viajes o expediciones realizados por el alférez de fragata don José de Moraleda nos muestra que confeccionó los planos de los puertos de San Carlos de Ancud, Chacao, Linao, Huiti, Castro, con los canales que conducen a él por las partes norte y sur de la isla Lemuy, el estero Ichuac, la bahía de Terao, Queilen, Compu, Huilad, Cailín, Yalad, Calbuco y laguna de Cucao. Existen además los "diarios de viajes" hechos al efecto, y el tratado de derrotero para dirigirse de unos a otros de los puertos que visitara (3).

Padre Francisco Menéndez

Expulsados los jesuitas del imperio español y de sus colonias por mandato del rey Carlos III en 1767, les sucedieron en el sur de Chile los padres franciscanos del colegio de Ocopa (Perú). También los discípulos de San Francisco de Asís, con celo apostólico infatigable enseñaron el evangelio a los indios, mostrándoles los fundamentos de la fe cristiana y la existencia del Dios verdadero. Igual que sus predecesores, los franciscanos establecieron en Castro su centro de operaciones.

Entre las expediciones organizadas por los franciscanos sobresale la ejecutada por el padre Francisco Menéndez, el cual, aunque no obtuviera el objetivo esperado, sin embargo pudo entregar aportes valiosos para los estudios hidrográficos.

El padre Menéndez era un convencido de la existencia de la "Ciudad de los Césares" y como tal efectuó cuatro viajes en su intento de encontrar la fabulosa ciudad, en el sector oriental de la región patagónica.

La primera expedición, compuesta por diez hombres, salió desde Castro el día 3 de enero de 1791. En su viaje, primero al norte, pasaron por Calbuco, donde se le unieron otras personas. Navegando ahora hacia el este se internan por el estuario del Reloncaví hasta su extremo en Ralun; allí debieron dejar la embarcación para proseguir a pie a través de los cerros y quebradas.

El objetivo de esta primera expedición no era otro que reencontrar el famoso "Paso de los Vuriloches" que en 1716 descubriera el padre Guillermo de la Compañía de Jesús. Sin embargo, a pesar del prolijo reconocimiento efectuado en una extensa área, el resultado fue negativo. Sólo a través del lago Todos los Santos los expedicionarios pudieron comunicarse con Nahuelhuapi. Por término de la estación más propicia, la expedición hubo de retornar a San Carlos de Ancud en marzo de 1791.

La segunda expedición adelantó la fecha de partida para el 1º de noviembre del mismo año. Siguiendo la ruta anterior, el 11 de enero ya estaban en el lago Nahuelhuapi. El padre Menéndez, en su diario de viaje consigna abundantes detalles referentes a la cordillera y las sendas recorridas.

Por el Nahuelhuapi navegaron hacia el oriente; encontraron algunos indígenas, no logrando empero mayor éxito.

Su tercer viaje lo emprendió a principios de 1793 con 90 soldados, entrando en relación amistosa con los indígenas que vivían en las inmediaciones del gran lago y que en la expedición anterior habían sido agasajados con regalos y obsequios. Esto les permitió reconocer una superficie mayor que el año anterior. Lamentablemente, en el último y cuarto intento, cuando se esperaba un resultado más positivo, los indios se mostraron abiertamente hostiles al padre y a los miembros de la expedición.

Totalmente desilusionados, el padre Menéndez regresó a su isla de Chiloé, llegando a Castro el 11 de marzo de 1794. Sería éste el postrer intento, sin haber logrado el objetivo que se esperaba en un comienzo (4).

(3) Francisco Vidal Gormaz: "El alférez de fragata don José de Moraleda y Montero". Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile. Tomo XIII.

(4) González de Agüero, Fray Francisco: "Descripción Histórica de la Provincia de Chiloé", pág. 217 ss.